

Textos

sobre

LA

LECTURA

[He aquí algunos textos para reflexionar sobre el valor de la lectura, con el fin de propiciar también la escritura creativa de los alumnos]

[1.

EL VICIO DE LEER, Paco Abril

*La oreja verde, Suplemento Infantil de LA NUEVA ESPAÑA,
Gijón, nº 568, 14 de julio de 2001*

“Después de pensármelo mucho, acudí a la reunión de lectores anónimos que había convocado la biblioteca pública. Cuando me tocó el turno de hablar, saqué el papel que había estado preparando toda la tarde, y leí:

Mi nombre no importa, soy un lector anónimo.

El día que dije en mi casa que me gustaba leer, mi padre puso el grito en el cielo.

--Pero, bueno, ¿cómo es posible que te guste leer? --dijo alzando la voz--. ¿Me has visto a mí leer alguna vez? ¿Lee tu madre? ¿Lee tu hermano mayor? No, verdad. Ninguno de nosotros leemos. ¿Y no estamos todos sanos y fuertes?

Mi madre fue más suave, aunque su tono también estaba cargado de reproches.

--Hijo, ¿por qué lo haces? ¿Por qué lees? --me preguntó entristecida.

Sin dejarme responder, mi padre volvió a la carga y siguió despotricando.

--Vamos a ver. Tienes un ordenador, tienes un montón de videojuegos, te hemos puesto un televisor en tu cuarto y, a pesar de todo eso, que buenos esfuerzos nos ha costado, el niño caprichoso prefiere leer libros. ¿Te parece bonito ese vicio?

¿Vicio? Yo, la verdad, no supe qué responder. Según comprobé después a escondidas en el diccionario, que también es un libro, un vicio es una mala costumbre que se repite con frecuencia.

En aquel momento, más que un vicioso, me sentía como un ladrón que acabara de robar en el Banco de España y hubiera sido pescado in fraganti.

Para colmo todavía tenía el botín en la mano, la prueba del delito, esto es, los libros que acababa de sacar de la biblioteca pública. Mis padres los miraron horrorizados y leyeron los títulos con dificultad.

Bueno, la cosa no paró ahí. Tuve que prometerles a mis progenitores que nunca más volvería a leer libros en casa.

La verdad es que me gustaría compartir este interés por la lectura con alguien, pero mis amigos piensan como mis padres. Ellos sólo saben hablar de fútbol. Un día que les insinué haber leído un libro, me miraron como si fuera un enfermo contagioso, y se alejaron de mí poniendo cara de asco.

He cumplido mi promesa a rajatabla. Ya no leo en casa, ahora leo sentado en un banco del parque y en la biblioteca pública, donde ellos no pueden verme.

A veces, cuando me dedico a este vicio, tengo miedo a que me descubran, aunque luego me olvido de todo.

Lo siento por mis padres, pero a mí me gusta leer, ¿y qué? ”]

...

...

...

[2.

“**LEER UN LIBRO** es volver a nacer. Es el camino para apropiarnos de un mundo y de una visión del hombre que, a partir de ese momento, entran a formar parte de nuestro ser. Una lectura disfrutada con riqueza y plenitud es la conquista más plena que puede hacer un hombre en su vida. Hay una condición esencial que hará que este regalo de los dioses sea para siempre. La lectura debe causarnos placer. Un placer que venga de lo más hondo del alma y que ha de quedarse allí intacto y disponible. Esto nos llevará a otro de los dones que concede la lectura, y es la relectura. Así, volver a leer un libro tendrá siempre una condición reveladora y es ésta: a cada lectura el libro se nos va a presentar con un nuevo rostro, con nuevos mensajes, con otros ángulos para percibir el mundo y los seres que lo pueblan.

Suele hablarse en estos tiempos de la desaparición del libro por obra de tecnologías aparentemente inevitables. Grave error el pensar así. El libro acompañará al hombre hasta su último día sobre la tierra. Cuidemos el libro, amemos el libro, en el libro se esconden las más secretas claves de nuestro paso por la tierra, el más absoluto testimonio de nuestra esencia como hombres. El libro es el mensajero de un más allá cuyo rostro no acabamos de percibir.”]



[3.

UN DÍA CUALQUIERA..., Julián Montesinos Ruiz

“El profesor salió del departamento cargado con treinta libros, recorrió con dificultad los pasillos del instituto, entró en clase y dejó el rimerero de títulos sobre la mesa. Pensaba en Wilt, ese extravagante profesor de la famosa novela de Tom Sharpe, quien repartía obras a sus alumnos con la intención de acallar lo que a su juicio era una jauría humana difícilmente controlable. No existe comparación posible; su ámbito de trabajo es afortunadamente agradable. El profesor cree que García Márquez está en lo cierto, que “un curso de literatura no debería ser mucho más que una buena guía de lecturas” (EL PAIS, 27 de enero de 1981). Ahora está en clase, se siente satisfecho de creer en su quehacer docente y en una metodología reflexionada durante varios lustros, y cuyo fin último es el fomento de la lectura a través del asesoramiento individual de cada alumno.

Pero, al mismo tiempo, está insatisfecho con los ínfimos niveles lectores que exhiben sus alumnos y con los datos que reflejan las aleatorias encuestas (una de las últimas informa de que un 47,8% de los ciudadanos no lee nunca). Descree también de las paupérrimas políticas de promoción lectora promovidas por el Ministerio (el Plan de Lectura nacional va a concluir sin haberse notado su presencia en los IES), pues no inciden más que en campañas de concienciación del valor de leer a través de mensajes publicitarios de dudoso gusto, y se olvidan de la necesaria formación del profesorado y de la rehabilitación de las bibliotecas escolares, los dos pilares básicos para mitigar la actual anorexia lectora de tantos jóvenes...

Una vez repuesto, el profesor enseñó los treinta libros a sus alumnos, los fue comentando uno a uno, destacó de ellos los aspectos más interesantes, transmitió el entusiasmo sereno que él sentía por los títulos, y fue entregando a cada alumno un libro. El profesor sabe que nunca es tarde para descubrir la lectura; es consciente de que los alumnos necesitan un asesoramiento individual del acto de leer, que cada joven requiere un libro concreto, porque cada individuo posee un determinado nivel de competencia lectora (NCL) y un gusto temático propio. El profesor es feliz con el método de trabajo que ha elaborado, porque, tras muchos años de leer libros pensando en el hipotético placer de sus alumnos, ha atesorado un corpus de lecturas tan amplio como útil y adecuado para ellos. Y cada año renueva la lista, e incorpora nuevos títulos y prescinde de otros. Y así crece su base de datos, en la que se alojan cientos de guías de lectura, guías que son la memoria viva de cada libro y que le permiten al profesor conocer con detalle el contenido de los libros leídos, y le garantizan, de paso, una

rentabilidad didáctica de cada lectura realizada. El deseo de este profesor no es otro que conocer personalmente a sus alumnos para trazarles a cada uno de ellos un Plan Individual de Lectura (un PIL), de modo que se pueda construir la Biografía Lectora de un determinado alumno desde 1º a 4º de la ESO. Ardua es esta tarea, mas el profesor sabe que ésa es una de sus mayores responsabilidades como docente: mostrar al alumno el mundo de la lectura, no sólo el de la lectura instrumental entendida como una herramienta para acceder a los conocimientos de los diversos currículos, sino, sobre todo, fomentar el gusto por la lectura literaria, placentera, estética, esa otra lectura entendida como fuente de enriquecimiento personal, tal y como se recoge en los contenidos generales de la etapa de Secundaria.

El profesor cree humildemente en su plan, en su modelo de programación favorecedor de la lectura. Pero hasta concebirlo en su totalidad, el camino ha estado sembrado de dificultades: ha tenido que demostrar, a no pocos colegas instalados en un trasnochado elitismo lector, los valores intrínsecamente literarios de muchos de los libros en los que se apoya su plan de lectura; ha tenido, pues, que reivindicar el valor de la literatura juvenil como un modo peculiar de leer de los jóvenes, peldaño previo y necesario para acceder a la literatura clásica; ha explicado que los hombres nacen ágrafos e iletrados y que es lento el proceso de formación de lectora, mas no existe otro camino para aprender el hábito lector que la práctica y la frecuentación de la lectura en el aula, por medio de planes lectores en cada curso de la Secundaria; ha debido organizar su disciplina de tal modo que no exista la tradicional hegemonía de los contenidos conceptuales, con el fin de que la lectura no sea una actividad extracurricular, sino una práctica temporalizada y convenientemente

valorada; ha debido de convencer a algunos padres y profesores de que leer no es una pérdida de tiempo, y de que no hay mejor manera de enseñar literatura que plantear una buena relación de títulos; ha reivindicado, en esencia, la lectura como experiencia personal más que como una práctica para acceder a la historia de la literatura...

Tras muchos años, este profesor cada vez habla menos en clase, pues sabe que el proceso de aprendizaje lo deben desarrollar de modo pragmático sus alumnos, por medio de la lectura y de las propuestas de escritura pertinentes en cada caso. Este profesor ha reunido también una buena retahíla de textos de ínclitos estudiosos y escritores con los que fundamentar su proyecto de lectura, pero sabe que esa artillería erudita está disponible para quienes quieran conocer los entresijos de su proyecto y también para cuantos pretendan minusvalorar su labor, pues abundan por doquier quienes practican (atrapados por las exigencias del “programa”) cierto inmovilismo lector y cierta obsolescencia metodológica. Por eso, lo mejor es dejarle que desarrolle su trabajo: él se ha aventurado a atravesar la oscura senda del desencanto que atenaza a la docencia, y cree en su plan de lecturas, una metodología que en estos instantes está acabando de explicar a sus alumnos con la intención de que lean, con permiso de Forges, algo más que un mísero código de barras. ”]

Profesor del *IES Misteri d'Elx*. Publicado en *EL PAIS* de la Comunidad Valenciana, el 7 de enero de 2004.

■ ■ ■

■ ■ ■

■ ■ ■

[4.

“No voy a recomendar a nadie la lectura como no pretendo aconsejar la dulce y fiera práctica del coito o la degustación de ese amigo de los hombres, el vino. Toda pasión tiene sus peligros y sólo los idiotas sueñan con una vida apasionadamente segura, como sólo los exangües buscan una seguridad apática. Quien no quiera mojarse que no aprenda a nadar, ni se atreva a amar o a beber. Y que no lea tampoco o que sólo lea para aprender, para destacar, para hacerse sabio o famoso, es decir: para seguir siendo idiota. El que valga para leer, leerá: en pergamino, en volumen encuadernado en piel, en libro de bolsillo, en hoja volandera o en la pantalla del ordenador. Leerá por nada y por todo, sin objetivo y con placer, como quien respira, como quien se embriaga o enreda sus piernas en las de alguien apetecible. Sólo eso importa, cuando la pasión manda. Y así he leído yo no toda mi vida pero sí en los mejores momentos de mi vida. Ahora retrocedo un poco y acaricio con los ojos esta sobrecargada biblioteca con la que vivo, en la que vivo. Es como la farmacia de un viejo alquimista, donde pueden buscarse analgésicos y afrodisíacos, tónicos y conjuros diabólicos, visiones de gloria o pesadilla y la seca agudeza descarnada que revela lo real. Ya es hora de volver a ella.”]

Fernando Savater

...

...

...

[5.

“ 3 años: Queremos aprender a leer.

4 años: La lectura nos ayuda a crecer.

5 años: A la biblioteca vamos y con los libros, aventuras disfrutamos.

1º Primaria: Un libro es un maestro para toda la vida.

2º Primaria: Leer nos despierta sentimientos de amor, alegría y fantasía. Desarrolla nuestra curiosidad y el deseo de saber.

3º Primaria: Leer es saber y aprender. Leer es soñar e imaginar. Leer es bonito y divertido. Todos queremos leer.

4º Primaria: Cada libro es un amigo lleno de fantasías, sueños y aventuras Descúbrelo.

5º Primaria: Si quieres aprender, no dudes en leer.

6º Primaria: Si quieres divertirte y aprender ya sabes lo que tienes que hacer. No pierdas ni un segundo y empieza a leer.

1º ESO: Con cada lectura aprenderás sin tenerte que esforzar.

2º ESO: Tensión, aventura, emoción, eso es la lectura.

3º ESO: Leer engacha, pruébalo y verás.

4º ESO: La lectura facilita el camino hacia la cultura.”]

...

...

...

[6.

LEER, Rosa Montero

“ Los editores acaban de lanzar una campaña para fomentar la lectura. Hacen bien: Al parecer, en este país sólo lee a diario un 18% de la población, mientras que todos los días se aceporran con la televisión el 84%. Y casi la mitad de los españoles mayores de 18 jamás leen nada. Me pregunto sinceramente cómo se las arreglan para sobrevivir sin los libros, la existencia se me arroja mucho más gris y más mezquina.

Éste es un artículo apasionado. Una carta de amor a la literatura. Las novelas son como los sueños de la Humanidad: ponen palabras a lo que no tiene nombre, dan forma a ese rugiente magma que los habita. No hay ningún libro, ningún amor imprescindible. Si Shakespeare, si Cervantes no hubieran existido, el devenir del mundo hubiera sido probablemente idéntico. Pero los libros en su conjunto, sí son imprescindibles. Si se les impide soñar, las personas enloquecen: está comprobado. De la misma manera, sin novelas, la Humanidad sería mucho más triste y más enferma.

Hay algo sustancial que nos une a la narrativa. Quizá sea, como dice Vargas Llosa, porque la novela pone un simulacro de orden en nuestras azarasas y caóticas existencias; porque restaría, por tanto, la herida del vivir, el mal oscuro. Pero no quiero ponerme trascendente; lo que sí sé es que las novelas me han dado muchas vidas. He visitado cientos de mundos, he sido dama victoriana, rey

medieval y bucanero. He conocido el odio y el amor, la aventura y el vértigo.

Todos tenemos un libro que nos espera, de la misma manera que a todos nos aguarda un amor en algún sitio: la cosa es descubrirlo. Los que no disfrutan con la lectura son aquellos que no han encontrado aún ese libro, esa obra que les atraparía y les dejaría temblorosos y exhaustos como siempre dejan las grandes pasiones.

Lo siento por ellos.”]

...

...

...

[7.

INSTRUCCIONES PARA ENSEÑAR A UN NIÑO A LEER, Gustavo Martín Garzo

“**Conviene empezar cuanto antes, a ser posible en la habitación misma de la clínica de maternidad, ya que es aconsejable que el futuro lector esté desde que nace rodeado de palabras. No importa que, en esos primeros momentos, no las pueda entender, con tal de que formen parte de ese mundo de onomatopeyas, exclamaciones y susurros que le une a su madre y que tiene que ver con la dicha. Poco a poco irá descubriendo que las palabras, como el canto de los pájaros o las llamadas del cielo de los animales, no son sólo manifestación de existencia sino que nos permiten relacionarnos con lo ausente. Así, muy pronto, si su madre no está a su lado echará mano de ellas para recuperarla en su pensamiento, o si vive en un pueblo rodeado de montañas les pedirá que le digan cómo es el mundo que le aguarda más allá de esas montañas y del que no sabe nada.**

Palabras del día y de la noche. Por eso los adultos deben contarle cuentos, y sobre todo, leérselos. Es importante que el futuro lector aprenda a relacionar desde el principio el mundo de la oralidad y el de la escritura. Que descubra que la escritura es la memoria de las palabras, y que los libros son algo así como esas despensas donde se guarda todo cuanto de gustoso e indefinible hay a nuestro alrededor, ese lugar donde uno puede acudir por las noches, mientras todos duermen, a tomar lo que necesita. A estas

alturas habrá hecho un descubrimiento esencial, que existen palabras del día y palabras de la noche. Las palabras del día tienen que ver con lo que somos, con nuestra razón, nuestras obligaciones y nuestra respetabilidad; las de la noche con la intimidad, con el mundo de nuestros deseos y nuestros sueños. Y ése es un mundo que necesariamente se relaciona con el secreto. Por eso, el adulto no debe hablar demasiado al niño de los libros, ni abrumarle con consejos acerca de lo importante que es leer, porque entonces éste desconfiará. La madre que guarda en la despensa los dulces que acaba de preparar, no lo proclama a los cuatro vientos, y así los vuelve más codiciables. Las palabras de la literatura tienen que ver con ese silencio, con lo que se guarda y tal vez hay que robar, nunca con lo que nos ofrecen a gritos, y mucho menos a la luz del día, donde todos puedan vernos. El futuro lector, en suma, debe ver libros a su alrededor, saber que están ahí y que puede leerlos, pero nunca sentir que es eso lo que todos esperan que haga.

Sería aconsejable, si me apuran, que los padres no los tuvieran demasiado a la vista, sino que los guardaran dentro de grandes armarios, que a ser posible mantendrían cerrados con llave. Aunque de vez en cuando se olvidarían esa llave, o de cerrar esos armarios, dándole al niño la opción de llevarse los libros cuando nadie les viera. Pero lo más importante es que el niño vea a sus padres leer. Discretamente, sin ostentación, pero de una forma arrebatada y absurda. El rubor en las mejillas de una madre joven, mientras permanece absorta en el libro que tiene delante, es la mejor iniciación que ésta puede ofrecer a su niño al mundo de la lectura.

Pero los libros son como aquel jardín secreto del que hablara F. H. Burnett en su célebre novela homónima: No basta con saber

que están ahí, sino que hay que encontrar la puerta que nos permite entrar en su interior. Y la llave que abre esa puerta nos tiene que ser entregada azarosamente por alguien. En la novela de F.H. Burnett es un petirrojo quien lo hace, y gracias a ello la niña puede visitar el jardín escondido. El que ese petirrojo tarde en presentarse no quiere decir que no vaya a hacerlo nunca, pero incluso si así fuera tampoco se alarme demasiado, ni por supuesto llegue a pensar que su hijito es un caso perdido. Piense que la lectura no siempre nos hace más sabios, ni más inteligentes, ni siquiera más buenos o compasivos, y que bien pudiera ser que ese niño que adora fuera como los bosquimanos, que tampoco leyeron una sola línea y eso no les impidió concebir algunos de los cuentos más hermosos que se han escuchado jamás. No olvide, en definitiva, que el cuento más necesario, y por el que seremos juzgados, es el que contamos sin darnos cuenta con nuestra vida.”]

Artículo publicado el 17 de abril de 2003 por el suplemento Blanco y Negro Cultural del diario ABC

...

...

...

[8.

LA PRIMERA TAREA DEL PROFESOR DE LENGUA, José Antonio Marina-María de la Válgoma

“ Nos gustaría encargarte un misión *in partibus infidelium*, en terreno de infieles o al menos de incrédulos. Nos gustaría que convencieses a tus compañeros, los profesores de otras materias, de que el fomento de la lectura no es tarea exclusiva de tu departamento, sino de todos. (...) desearíamos que en cada centro educativo se urdiera una “conspiración de lectores”, “un tenaz proselitismo del leer”, cuyos iniciadores deberíais ser los profesores y profesoras del departamento de Lengua, junto con la persona encargada de la biblioteca, cargo que debería establecerse en todos los centros de enseñanza. El centro entero tiene que estar implicado. (...)

En todas las asignaturas se debe enseñar a leer, como efecto colateral. Los adolescentes ya dominan la mecánica de la lectura, saben descifrar los signos, pero eso no es leer. Leer es comprender lo que se lee. Para ello necesitan, entre otras cosas, aumentar su vocabulario. Wittgenstein lo dijo de manera contundente: “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, por eso, como educadores —y no hay que olvidar que todo profesor lo es, sea cual sea su asignatura—tenemos el deber de ampliar su mundo. O, al menos, de intentarlo.

La ausencia de lectura no sólo empobrece la mirada, sino también la expresión, y por eso gran parte de los jóvenes no saben expresarse. Con frecuencia, cuando señalamos un error a nuestros alumnos universitarios que vienen a revisar sus exámenes, nos dicen: “Ya, pero es que lo que yo quería decir...” (...)

De hecho, las estadísticas nos dicen que los alumnos leen menos según avanzan en la secundaria. Tropezáis con una misión imposible: obligar a leer y hacer amar la imposición. Vosotros tenéis que enseñar el rostro más seco del lenguaje –la gramática–y otro rostro hermoso pero no para los alumnos –la historia de la literatura--. Es muy difícil atraer a la lectura a través de los clásicos, creadores fascinantes pero con frecuencia lejanos. (...)

Esta campaña de incitación a la lectura de todo el claustro es previa a la dirigida a los alumnos. Casi siempre deberá ser iniciada por el departamento de Lengua y Literatura, pero nos parece tan importante establecerlas de una manera constante y sistemática que llevamos mucho tiempo insistiendo sobre la necesidad de que en todos los centros de enseñanza secundaria no sólo haya una biblioteca, sino un bibliotecari@. Un@s bibliotecari@s muy peculiares, porque han tener una clarísima e innovadora función docente. La biblioteca debe ser, por supuesto, centro de información, pero tiene que ser también un punto de irradiación lectora, un centro de animación cultural.

(...) Y tenemos que acercarnos con la voz a estos adolescentes a los que no les gusta leer, no sólo por la tele, o por la videoconsola y sus juegos, activos y divertidos, sino porque hemos matado el inicial gozo de la lectura a base de fonemas, morfemas, cartas marruecas y análisis varios. ‘¿Y si en lugar de *exigir la lectura*, el profesor decidiera de repente *compartir* su propia dicha de leer?’, se

pregunta Pennac. Es la primera receta mágica. Pues de eso se trata. De que les leamos nosotros si ellos no quieren leer. Nos dirás, y con razón, que está el programa, que tienen que hacerse comentarios, porque luego se lo pedirán al llegar a selectividad. Todo eso es cierto, pero sólo te pedimos que “te lo saltes”, un día a la semana, que será el día de lectura. Si el experimento resulta bien, como nosotros creemos, tendrán mucho más interés y aprenderán después más rápido. Sabemos que has estado muy de acuerdo mientras decíamos que los padres deberían leer cuentos a sus niños, que los profesores de primaria deberían seguir leyendo cuentos a adolescentes, a los adolescentes de hoy... y piensas que ahí querrías vernos a nosotros. Es lógico. Pero sólo te pedimos que lo pruebes, que hagas el experimento. (...)

Pero por mucho que hagamos es posible que nuestros alumnos sigan sin querer leer. No importa, tenemos que intentarlo. Un profesor debe ser optimista, debe ser inasequible al desaliento, (...)

La tarea de educar es una tarea tan grande como ilimitada. Nunca tenemos los resultados asegurados. En eso se parece a la del agricultor. Hay que plantar la semilla, y luego regarla, abonarla, cuidarla. Pero no depende de nosotros que fructifique, y que cuando lo haga sea con los resultados apetecidos. Debemos ser humildes. Sea cual sea el resultado tenemos, como profesores, la obligación moral de intentarlo con todo nuestro empeño y nuestra pasión. Se trata, sí, de un acto de amor. ”]

La magia de leer, Plaza Janés, 2005.

• • •

• • •

• • •

[9.

ELOGIO DE LOS LIBROS, Álvaro Valverde (2002)

” Por la descripción del paraíso, y la ceguera de Tobías y por el viaje

de Jonás alojado en el vientre de una ballena.

Por las aventuras de Ulises a través de un mar color de vino y por la explicación de sus hazañas hasta que pudo regresar a Ítaca.

Por las enseñanzas de Virgilio acerca del tiempo que nos huye, irremediable, y, cómo no, por las de Horacio, que nos animó a disfrutar del momento que pasa y a llevar una vida retirada y modesta.

Por los jardines y fuentes de los versos árabigos, porque evocan la pérdida del inmenso desierto.

Por la flor del cerezo y la luna y el río, y por los pabellones y por las batallas que cantan los poemas de los clásicos chinos.

Por el amor que ha abierto las murallas de todos los castillos de la historia y por los trovadores que inventaron el modo de asaltarlas.

Por las coplas escritas a la muerte del padre, y las noches oscuras y la senda escondida, y la hermosa locura que inventó Don Quijote.

Por el descenso a los infiernos donde habitan los monstruos y el ascenso a los cielos donde viven los ángeles.

Por la busca del tiempo que creímos perdido en la patria feliz de la infancia.

Por los cuentos de hadas y los cuentos de lobos, por su felicidad y

por su miedo.

Por los cantos oscuros de las tribus remotas, tan acordes al ritmo con que suena la Tierra.

Por la tristeza y por el entusiasmo que se esconden detrás de las líneas escritas por cualquier ser humano.

Por los mares del mundo: los del norte y sus sagas, los del sur y sus islas; y los de la persecución de Moby Dick y los profundos del Nautilus.

Por los héroes de leyenda y los seres reales porque son las dos caras de la misma existencia.

Por las volteretas de todas las vanguardias y los sueños que inventan con sus saltos festivos.

Y por todos los libros, incontables, que admiten recordar lo olvidado y volver a lugares donde nunca estuvimos y vivir esas vidas que jamás viviremos. Porque el mundo es un libro que nos lee y que escribimos. ” .]

...

...

...

[10.

EL FESTÍN DE ALEJANDRÍA ,

José Luis García Martín (2003)

” Cuando el hombre quiso ser como Dios, creador del mundo, inventó los libros, que multiplican el mundo. Gracias a ese ingenioso artificio de tinta y de papel podemos sentirlo todo de todas las maneras, mirar el universo con cien ojos, viajar en el tiempo, descender al centro de la tierra y al otro centro, más remoto, de nosotros mismos.

Hay quienes contraponen los libros a la vida, como si la vida digna de tal nombre fuera posible sin los libros, como si los libros no fueran la más alta expresión de la vida.

El buen lector ni siquiera envidia a Dios, porque Dios ya conoce todos los libros y todos los tiene en su inmutable memoria, privándose así del placer de irlos descubriendo en perpetuo deslumbramiento y del más hondo placer de releerlos.

Yo he sido Lázaro de Tormes y he engañado al ciego y compadecido al hidalgo; he recorrido los anchos caminos de la Mancha en busca de entuertos que deshacer y he acompañado por esos mismos caminos a mi desventurado señor que se empeñaba en confundir los molinos con gigantes; he cometido adulterio con Madame Bovary y me he suicidado por amor con el joven Werther; yo me he perdido en la niebla de Londres, acompañado del bueno de Watson, resolviendo los tortuosos enigmas que me planteaba el

doctor Moriarty; yo he navegado por mares azules en busca de paradisíacas islas y tesoros, y me he emborrachado de melancolía en un atardecer provinciano mientras esperaba, junto a un olmo seco, otro milagro de la primavera; yo he llorado con Aquiles la muerte de Patroclo; he sido un cerdo junto a Circe; he acompañado a Fabricio del Dongo en la batalla de Waterloo; yo me he enamorado con Bécquer y con Pedro Salinas, he escrito los versos más tristes una noche junto a Pablo Neruda y he sido aprendiz de guitarrista con Landero y generoso miliciano con Javier Cercas.

En una palabra, he sido un lector, he estado lo más cerca de la omnisciente divinidad que puede estar un ser humano, no he conocido un instante de tedio, he multiplicado mi vida en mil vidas distintas.

Abrir un libro es abrir una puerta en los muros de la cotidianidad: penumbrosos, resbaladizos renglones nos llevan hacia secretas galerías, al huerto por el que pasea Melibea y un joven aparece de improviso persiguiendo un halcón, al geométrico laberinto de Buenos Aires, al cementerio judío de Praga, a un café en la Praça do Comercio, frente al Tajo, donde esperan la llegada del rey don Sebastián, mientras hablan de versos y de herméticas filosofías, Pessoa, Reis y Álvaro de Campos.

Me he pasado la vida añorando la biblioteca de Alejandría, ese mágico recinto que encerraba todos los libros, y del que todas las bibliotecas no son más que un pálido remedo, y ahora me doy cuenta de que nunca he salido de ella.

Porque la biblioteca de Alejandría no es más que otro nombre del universo. Para el buen lector no hay rincón en el mundo que no sea un rincón de esa biblioteca: el balcón de mi casa, en Aldeanueva del Camino, los atardeceres de verano; la cafetería del Barnes & Noble

de Union Square, en Nueva York, o la biblioteca de la universidad de Coimbra, no la que resplandece de oros y visitan los turistas, sino la otra, más modesta y nutricia; un parque en Avilés, ennoblecido de otoños; el paseo de Cánovas en Cáceres, con sus puestos de libros viejos; la sombra de unos árboles, cerca de una cala solitaria, en Provenza; el Campillo del Mundo Nuevo, en el Rastro; tantas cafeterías que me han visto con un libro en las manos...

El lector, esté donde esté, tiene siempre a mano billete y pasaporte para el más incitante viaje.

Nunca son demasiados los libros, los infinitos libros, los cientos de libros que se publican cada día, porque no están para que los leamos todos, sino para que nunca nos falte dónde escoger.

La biblioteca de Alejandría, que tiene sucursales hasta en el más modesto quiosco, nos invita perpetuamente a una fiesta, a un interminable festín. Los buenos libros, decía Santiago Rusiñol, hay que leerlos a pellizcos como se comen las ensaimadas.

La lectura: placer que nunca sacia, banquete al que todos estamos invitados y en el que siempre se encuentra una delicia culinaria para el gusto o el capricho de cada lector.

La lectura: placer de dioses reservado a los humanos, perpetua

incitación a la felicidad. ”]

...

...

...

[11.

TAMPOCO A MÍ ME GUSTA,

Elogio adolescente de la lectura, Javier Rodríguez Marcos (2004)

” En todas las infancias hay una tía soltera. En la mía había dos. Por eso desconfío de los elogios de la buena conducta, porque detrás de toda tía soltera siempre hay un consejo que nadie le ha pedido pero que se repite, pero que se repite. El de aquellas tías mías era: “No llegarás a nada. Lee, muchacho”. Por supuesto, lo último en lo que piensa alguien a los catorce años es en seguir de cerca los consejos de nadie. Como mucho, de lejos, por encima del hombro, desconfiando. El mundo es suyo y suya es la sabiduría que cabe en su ignorancia.

A mí tampoco me gustaba leer. Ya lo han adivinado. Recuerdo aquellos días. Los recuerdo porque yo era feliz. Tenía catorce años, dicho queda. Leer me parecía, como poco, aburrido. Era lento, pesado, interminable, inútil. Todavía sigue pareciéndome inútil. La vida no es mejor, pero es más ancha ahora. Eso quería decir. Feliz, catorce años. Un final repentino del verano. Nada que hacer. Un libro despistado. La suerte estaba echada. Desde entonces no hay día en que no me pregunte: ¿Por qué leer?

Leer no hace mejor las cosas, hay que decirlo pronto, pero mejora mucho, valiente paradoja nuestra vista casada, nuestra visión del mundo. Leer es una forma de ensanchar nuestro asombro. Y el asombro no es más que la forma más grande que existe de estar vivo.

Es una garantía contra el aburrimiento, contra la prepotencia, contra la pobre creencia de que todo está en deuda con nuestros grandes méritos. “Que nadie es más que otro si no hace más que otro”, dice, sabio, el Quijote.

Un libro es un depósito de momentos felices, un lugar donde la vida es justa, un refugio. La emoción es refugio, la memoria, también. No otra cosa es un libro: emoción y memoria. Alguien dijo que un hombre que hubiera vivido un solo día en libertad habría atesorado recuerdos suficientes para pasar el resto de su vida en la cárcel. A veces pienso en situaciones extremas. No en bibliotecas cómodas llenas de libros nuevos. Pienso en un hombre solo y en un solo libro. Ni siquiera en un libro: en su recuerdo apenas. A eso me refiero cuando hablo de refugio. ¿No lo es, en medio de lo peor del día, el recuerdo de los días felices? Eso es también un libro. El lugar en el que alguien ha escrito que nunca estamos solos.

Un partido de fútbol –recuerdo todavía de aquel verano de los catorce años- es mucho más intenso cuando uno conoce las reglas, la estrategia, el nombre de algunos jugadores. Pues bien, los libros también tienen un poco de instrucciones de uso de la vida. No dicen, por supuesto, cómo hay que vivirla, sólo nos hacen libres para montar las piezas de este rompecabezas gratuito e impagable, vertiginoso como un salto mortal.

A veces las palabras más llenas de sentido son también las más vanas. Libertad, eso dije. ¿Por qué leer, en fin? Porque nos hace libres. Libres para saber que nuestra vida es nuestra. Para saber también que no toda la gente ha tenido la misma suerte que tuvimos nosotros. Para saber que esa suerte imprevista no nos hace mejores. Ni complejo ni orgullo: instrucciones para ponerse un tiempo en los huesos de otro, en la piel de cualquiera.

Valgan grandes palabras por grandes ocasiones: compasión.

Leer sirve de poco si no sirve a la vida. Hay eruditos para los que diez mil libros no son más que una cifra. Sabio es el que transforma un dato en una idea para volverlo humano. Por eso toda biblioteca es antes un taller que un almacén, más viña que bodega.

“Tampoco a mí me gusta / pero al leerla / con absoluto desprecio / encontramos, al fin, / sitio para lo auténtico”. Así habla Marianne Moore en un poema titulado “Poesía”. A veces pienso, y pienso en el escándalo que sería para mis tías, que a los libros les conviene un poco de desprecio. Una lectura sin hacer concesiones. Es allí donde dan sus frutos más cuajados.

¿Por qué leer? La pregunta persiste.

Porque nos hace humanos. Y libres, compasivos. Y felices a veces. Y porque en ocasiones tampoco cuesta tanto, por más que cueste un mundo, dar la razón a nuestras tías solteras. ”]

...

...

...

[12.

QUIJOTES, Antonio Sáez Delgado (2005).

“ El mejor consejo que me han dado nunca lo encontré en la página de un libro. Era de Ricardo Reis, un escritor que nunca existió más allá de la literatura, fuera de los libros: “pon el máximo de ti mismo en lo mínimo que hagas”. Lo leí por primera vez siendo adolescente, en ese tiempo en que los consejos son un género que, por su caudal, abruma. Desde entonces no lo he olvidado.

Poco a poco la vida se va llenando de libros. El primero que recuerdo en la mía es *El Quijote*, descansando en la mesilla de noche de mi abuelo. Esa fotografía tiene una fecha, mil novecientos setenta y y un lugar, Cáceres. En una casa lindando con el casco antiguo, mi abuelo nos hacía leer y, sobre todo, escuchar con paciencia sus composiciones, sus rimas, sus ripios. Le gustaba escribir, y mi hermano y yo creíamos que era un gran poeta. Otras veces nos leía los clásicos. Empezaba por Dante, uno de sus favoritos, y continuaba con *El Quijote*, que fue el primer libro que compró, empleando sus pagas infantiles, en una sobria edición de la casa Hernando. Recuerdo oírle decir que lo había leído siete veces, siempre en la cama y antes de dormirse. Llegaba a la última página y se creía, sin saberlo, poseedor del libro de arena de Borges. El final llevaba al principio. Después mi hermano y yo, muchas veces con nuestros amigos, imitábamos su voz temblorosa y cansada y nos reíamos. Tenía ochenta años. Nosotros doce o trece. Lo que entonces tomábamos casi como un castigo el tiempo se ha empeñado en que sea el mejor regalo. Caminábamos por el Paseo Alto de Cáceres, le

escuchábamos hablar de la vida literaria del Ateneo de Madrid (que tan bien conoció en los años veinte). Eran conversaciones con balas de mentira y sangre de verdad, como siempre ocurre en literatura. Le oíamos decir que había leído un poema, vestido con su mono de operario, en el elegante entierro de Villaespesa. El tiempo se encargó de enseñarnos la realidad, de mostrarnos que era sólo *un poeta*. No he olvidado el sabor del agua que apaga la hoguera de las vanidades. Fue un hombre que puso todo cuanto era en lo mínimo que hizo, y eso basta para que leamos hoy sus versos con amor desapasionado, el que no deforma la memoria y no trastorna las veleidades del presente y del futuro.

En el recuerdo de aquellas tardes en que escuchábamos *El Quijote* tenemos pantalones cortos, y nos reímos con la boca llena. Alguien dirá que es una escena ridícula. Muchas veces me he preguntado cuándo se inició en mí, en nosotros, el placer de la lectura. Todos los días me interrogo sobre qué sobrevive hoy de aquellos días. Con el tiempo he intentado aprender, como Alberto Caeiro, a observar el mundo con la cabeza vacía, a leer sin ideas, como quien contempla un paisaje. Intento ser un lector *neutral*. En las lecturas de mi abuelo, siempre me gustó más la figura de Sancho que la de Don Quijote. Después he sabido que me atrae más el *idealismo* de Sancho que la *ética* de Don Quijote. Un toque de atención: los libros pueden volvernos locos, incluso aproximarnos a la muerte. Ya decía Kant que razón y locura son dos reinos vecinos de fronteras difusas.

A menudo me da por pensar que de poco sirven los libros en medio del dolor. Anoto de Brecht: “primero está el alimento, después la moral”. Pienso sin pasión, con la cabeza vacía de ideas.

Me gustan los libros en los que las palabras se tornan elementales, susurrantes, con el recogimiento y la emoción de las grandes cosas sencillas. Los que se leen con la borrascosa sensatez de quien sabe que los mismos cuchillos que los provocan en otros marcan nuestra piel hasta convertirla en el mapa de los días vividos. Me gusta leer libros, todos los libros, como si fuesen mi propia autobiografía. Los libros nos acercan a la tradición, es verdad, pero también nos sirven para librarnos de ella, de su terrible peso a nuestras espaldas. Los libros están compuestos de palabras, y las palabras no son reales. Aunque algunas de ellas, prestigiosas en la literatura y terribles en la vida, se empeñen en acompañarnos adonde quiera que vamos.

Los libros, la literatura, es el reino de la libertad. Abrimos o cerramos un mundo, lo inauguramos y clausuramos con sólo hacer un movimiento con nuestras manos. Horacio creyó que viviría en sus *Odas* cada vez que un lector las leyese. Otros, como Kafka, se empeñaron en quemar todas sus páginas. A mí, algunas veces, me da por pensar que también permanecen vivas las personas fuera de los libros, pero dentro de sus palabras. Cada vez que abro las páginas del *Quijote*, el mismo ejemplar que descansaba sobre la mesilla de noche de mi abuelo, siento renacer su voz; observo, sin ideas, las primeras huellas que la literatura fue dejando en mi interior. Y entonces corro a ver lo más importante: si mi hermano, si mis amigos continúan cerca. Pongo lo máximo de mí en lo mínimo que hago, y tengo la certeza de que eso es lo único que vale la pena. ”]

...

...

...

[13.

CLANDESTINOS, Juan José Millás

“Un amigo íntimo me pidió que acudiera el sábado por la noche a su casa para mostrarme algo. Al llegar, abrió la puerta con aire de misterio y me hizo pasar sigilosamente a su cuarto de trabajo. Mientras yo curioseaba entre sus libros, él iba de acá para allá, ofreciéndome té, café, whisky, como si le diera miedo entrar en materia. Tras dejar transcurrir un tiempo prudencial, le pregunté si tenía algún problema. Respondió que no estaba seguro y a continuación, colocando el dedo índice sobre los labios, me arrastró al pasillo, desde donde nos dirigimos con movimientos furtivos al salón, cuya puerta estaba entreabierta. Al asomarme, vi a su hijo, de 18 años, instalado en el sofá, leyendo tranquilamente *Madame Bovary*.

De vuelta a su estudio, me miró con expresión interrogativa. “¿No te parece alarmante?” preguntó. “¿Preferirías que leyera *Ana Karenina*?”, pregunté a mi vez. “Por Dios”, gritó, “es sábado por la noche y tiene 18 años; debería estar tomando cervezas con los amigos”. No le dije nada, pero lo cierto es que la imagen del joven, devorando aquella obra clásica, me había perturbado. Quizá no fuera un psicópata, pero tampoco se podía negar que le ocurría algo. Se empieza con rarezas de este tipo, que al principio hacen gracia, y se acaba leyendo a Samuel Beckett. “La lectura es buena”, le

tranquilité, “en eso está de acuerdo hasta el Ministerio de Cultura”. “La lectura”, respondió mi amigo, “es buena cuando tus amigos leen, como pasaba en nuestra época. Ahora es un síntoma jodido. Si al menos le diera por *El Código Da Vinci*, que no hace daño a nadie...”.

Me pidió que hablara con su hijo “Después de todo”, añadió, “lo conoces desde que era niño y te escuchará mejor que a mí”. A los pocos días, me hice el encontradizo con el chaval y entramos en un bar. Hablamos de literatura y me pidió algún consejo para abordar a lectura de los clásicos latinos, que se le resistían. Le recomendé una edición bilingüe de la *Eneida* y me ofrecí para que la comentáramos juntos. Pagó él y, al despedirnos, me guiñó un ojo, diciéndome: “De todo esto, ni una palabra a mi padre, que está muy preocupado conmigo”. Así que llevamos dos semanas leyendo clandestinamente a Virgilio. ¿Adónde vamos a llegar? ”]

...

...

...

LA LITERATURA JUVENIL. UN GÉNERO POLÉMICO, Emili Teixidor

“ (...) Normalmente nuestra sociedad se preocupa de que el lector simplemente lea, más de que el lector joven siga adelante en su progreso y adquiera madurez lectora. Nos preocupamos de que los jóvenes lean... cualquier cosa mientras lean, y nos desinteresamos por sus progresos en la interpretación de sus lecturas y en la gradación de las dificultades. Yo creo que es un error y que debe exigirse el máximo a los jóvenes y no ahorrarles ningún esfuerzo. Entre otras muchas razones, porque para convertirles en lectores sin más, en lectores en general, ya está la industria cultural y sus rebajas constantes de calidad que desplegará todas sus artes publicitarias para que pasen a engrosar la estadística del lector-consumidor. Las instituciones, la escuela, los escritores, están para llevarles más alto.

(...) Mucha literatura juvenil se ha contagiado de lo que George Steiner llama las terapias de la facilidad, o sea la negación del esfuerzo y la exigencia, y ha equiparado el género a las producciones de la cultura de masas, que al atender a la ampliación máxima de las audiencias, siempre puede bajar un escalón en la calidad para aumentar el número de lectores de bajo nivel educativo. No se busca

formar buenos lectores en la tradición cultural propia, sino complacer a los lectores, adularlos, y facilitarles el trabajo de cualquier manera, y en cualquier tradición, olvidando que la literatura es un diálogo entre autores y obras, una superación de temas y técnicas, un avance en los modelos expresivos y en las fórmulas que describen las experiencias humanas y por ello nos mejoran no sólo como lectores, sino también como lectores, sino también como seres humanos.

(...) La lectura en voz alta se redujo en nuestras escuelas en beneficio de la comprensión, de la lectura silenciosa, pero, como nos recuerda Georges Steiner, la memoria es el marcapasos de la inteligencia, no hay inteligencia sin memoria, y en cuanto a la lectura, la prueba más eficaz para comprobar si alguien entiende bien un texto es hacérselo leer en voz alta, hacérselo interpretar, o sea dar su traducción, su versión hablada: los titubeos y las inflexiones de la voz nos darán la medida exacta de su nivel de comprensión, de su nivel de lectura. Yo creo que las escuelas debieran volver a esas prácticas si queremos que los jóvenes se acerquen a los textos sin dificultades. ”]

...

...

...

[15.

UNA BIBLIOTECA OSCURA Y TRISTE,

José Saramago

“ Las bibliotecas han cambiado mucho desde el día en que, en la Lisboa de finales de los años treinta, entré por primera vez en una de ellas. Era un lugar donde el tiempo parecía haberse parado, con armarios que forraban las paredes desde el suelo hasta casi el techo, las mesas largas con sus pequeñas estanterías móviles a la espera de los lectores, que nunca eran muchos. El bibliotecario se sentaba al fondo de la sala, detrás de un escritorio antiguo, de esos de palo santo labrado. La biblioteca olía a papeles viejos y a cera de abejas, también un poco a humedad, a moho, tal vez porque las ventanas se abrían de tarde en tarde, al menos siempre me parecen cerradas cuando las recuerdo. También es cierto que nunca fui a la biblioteca durante el horario diurno de funcionamiento, por lo tanto no sé cómo sería el ambiente, si las pesadas contraventanas se abrirían para que la luz del día pudiera entrar. Probablemente sí. Yo era un lector de los nocturnos, salía de casa después de cenar (entonces la cena era a las ocho), caminaba los dos o tres kilómetros que separan el barrio de Penha de França, donde vivía, del Campo Pequeno, e iba a leer. Exactamente, iba a leer. Era un

adolescente que no tenía libros en casa, excepto los de estudio, y que quería saber por sí mismo qué era realmente eso que se llamaba literatura. No había pedido consejos a personas sabias sobre la mejor manera de encaminar didácticamente sus experiencias, cada vez que entraba en la biblioteca era como si desembarcara en una isla desierta y tuviera que abrir un camino por no se sabía dónde, ni le importaba mucho. Leía sin ningún objetivo, leía porque le gustaba leer y nada más. Era bastante ingenuo para atreverse a descifrar el *Paraíso perdido* de Milton sin conocer nada de la literatura inglesa. O el *Quijote* sin saber más de Cervantes que en cierta ocasión dijo que el portugués era el castellano sin huesos. Leía más los clásicos que los modernos, sin método, aunque con cierto sentido de la disciplina. Si le gustaba especialmente un autor, intentaba leer toda su obra, tarea muchas veces imposible, como fue el caso de Camilo Castelo Branco. Medio conscientemente se dió cuenta de que tendría mucho que ganar si saboreaba despacio los sermones del Padre Antonio Vieira, pero confiesa que algunas veces tenía que abandonarlos por el mismo motivo que nos obliga a cerrar los ojos ante una luz demasiado fuerte. Además, como se suele decir, le faltaba vocabulario. Recorría con atención las hojas dactilografiadas donde estaban las obras que habían llegado hacía poco a la biblioteca, y entre ellas elegía alguna, un poco por los títulos, un poco por los nombres de los autores. Con el paso del tiempo aprendió a establecer relaciones entre unos y otros, observaba que la memoria de lo que ya había leído enriquecía sorprendentemente la lectura que estaba haciendo en aquel momento, el camino por donde andaba se le iba haciendo más firme a cada día. No puedo recordar con exactitud cuánto tiempo duró esta aventura, pero lo que sé sin duda es que de no ser por aquella biblioteca antigua, oscura, casi triste, yo no

sería el escritor que soy. El *Ensayo sobre la Ceguera* comenzó a ser escrito allí.”]

Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 1,
Abril 2005, pág. 10.

Fundación Alonso Quijano

■ ■ ■

■ ■ ■

■ ■ ■

[16.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL: EL BOSQUE ANIMADO, Laura Gallego García

“En los últimos años, mucha gente me ha pedido que explique por qué hay que leer. Suponen que yo, como escritora y como lectora voraz, sabré dar miles de razones por las cuales es importante acercarse a la lectura.

Y la verdad es que se equivocan.

Por una razón muy sencilla: yo no concibo mi vida sin los libros. No sabría cómo explicar a alguien por qué es bueno leer. Es como si me pidieran que explicara por qué es bueno respirar. Como llevo casi toda mi vida leyendo, no podría imaginar un mundo sin libros, y por tanto no soy capaz de comprender que a alguien no le guste leer. No sabría qué decirle. Para mí la lectura ha supuesto la puerta a cientos de mundos fantásticos, a miles de historias maravillosas y de personajes inolvidables, y tengo la sensación de que, sin libros, mi vida se volvería claustrofómicamente pequeña. Y no porque lo sea

realmente, sino porque, gracias a la lectura, estoy acostumbrada a que sea muchísimo más grande. Podemos viajar, ciertamente, y conocer otros lugares, otras gentes. Pero a través de la lectura es posible viajar mucho más, y de una manera totalmente diferente, más apasionante, más rica. Y viajar no sólo en el espacio, sino también en el tiempo: al pasado y al futuro. Y no únicamente en nuestra propia realidad, sino en muchas más: a otros mundos, utopías o distopías. Una vez que se posee la llave de las palabras, una vez que se aprende a leer, ya no hay límites ni fronteras. ¿Por qué permanecer encerrado en una habitación cuando puedes explorar un palacio con un número infinito de estancias?

Tener corazón. Así que, cuando alguien me pregunta por qué hay gente que no lee, no sé qué responder. Porque, honestamente, no puedo entenderlo. Y, cuando me preguntan qué podría decir acerca de las bondades y excelencias de la lectura, tampoco sé qué decir. Yo no sería la misma sin libros. Mi mente, mi imaginación y mi personalidad no se habrían desarrollado igual. Es como si me preguntaran por qué creo que es bueno tener un corazón que palpita.

Por todo esto sospecho que no soy la persona adecuada para hablar de la lectura. Porque me apasiona, porque la

vivo, porque es parte de mí. Y porque me duele tener que contar qué tienen de bueno los libros. Como si no fuera evidente. Como si la lectura tuviera que defenderse. Como si hubiera que explicar qué tiene de especial.

Tras el tesoro. La experiencia de la lectura no se puede describir, hay que vivirla. Quien dice que no disfruta leyendo es porque nunca ha experimentado la magia de las palabras. Y para experimentarla hay que leer, no existe otra forma.

Quizá empezar a leer se parezca un poco a partir en busca de un tesoro. El tesoro en sí es ese libro especial que nos engancha por primera vez, que nos hace olvidar todo lo que nos rodea y sumergirnos entre sus páginas durante horas y horas. Ese libro que te hace experimentar por vez primera esa sensación de añoranza cuando lo cierras tras haber superado la última página. Ese que te hace emocionarte como nunca antes lo habías hecho.

¿Existe semejante libro? Claro que sí. Pero no es uno, son muchos, probablemente miles, posiblemente cientos de miles. El hecho de que encontrarlos sea como ir a la búsqueda de un tesoro se debe a que ese libro especial no es el mismo para cada persona. Leer es un acto tan personal que cada uno entra en este mundo por una puerta distinta. Para mí, por ejemplo, ese libro especial fue La historia

interminable. Para otros puede haber sido *El guardián entre el centeno*, 20.000 leguas de viaje submarino, *El señor de los anillos* o *Sinuhé el egipcio*. Para muchos niños y jóvenes -a pesar de que algunos adultos no quieran reconocerlo- el libro mágico ha sido *Harry Potter*. El primero de muchos. El primer viaje al reino de las letras.

Pero es difícil predecir qué libro enamorará a una persona determinada. Y por eso, cualquier futuro lector tiene que emprender su busca él mismo.

No es tan complicado: sólo requiere un pequeño esfuerzo inicial. Hay que salir a la calle y entrar en la biblioteca o librería más cercana. Perdersé por sus pasillos, deambular por entre sus estantes, echar un vistazo a los libros que más nos llamen la atención, por la cubierta, por el título, por lo que sea. Leer la contraportada para obtener un primer esbozo de la historia que nos aguarda en su interior... y dejarse llevar por la intuición. Elegir ese libro que despierta nuestro interés, tras el cual intuimos una historia que deseáramos conocer con un poco más de detalle.

Sin mapa para el camino. Hay altas probabilidades de que ese libro escogido sea el libro especial que estamos buscando. Y si no lo es, no hay que desanimarse. Si no se consigue a la primera, será a la segunda o a la tercera, pero

no es tan difícil. Hay millones de libros en el mundo. La magia consiste en que, a pesar de eso, es sorprendentemente sencillo encontrar nuestro libro especial.

Y lo realmente bueno de atreverse a buscarlo es que, pese a no contar con un mapa que nos señale el camino a seguir, casi con total seguridad hallaremos un gran tesoro al final” .]

...

...

...

[17.

EL VOCERÍO DE LA VIDA, José Antonio Marina

“Pasé toda mi infancia en una biblioteca, un poco destartalada y variopinta, herencia de mi abuelo, que fue un intelectual atípico. Era una habitación grande y alta, con estanterías que llegaban al alto el techo, por las que de niño me gustaba trepar. Tuve, pues, la suerte de criarme entre libros, y continúo entre ellos. Compró muchos y me regalan más. Sospecho que se reproducen y trasladan por la noche, porque a pesar de haber decidido que no van a ocupar una habitación de mi casa, una especie de reducto o reserva analfabeta, no lo consigo. Me vencen (tal vez porque soy su inconsciente aliado). Inopinadamente aparece un libro o un montoncito en una mesa, un sofá, o, simplemente, en el suelo. Son las avanzadillas prestas a colonizar el espacio vedado.

A pesar de que leía mucho y tenía poco dinero, durante mi adolescencia apenas acudí a la Biblioteca Pública de Toledo, mi ciudad natal. Era una biblioteca con fondos magníficos,

pero tan solemne y lúgubre que disuadía de entrar. Ahora visito muchas bibliotecas y me proporciona una gran alegría ver el cambio que han experimentado. Suelen ser locales alegres y, en muchos de ellos, hay lugares especiales para que los niños jueguen, como jugaba yo, con libros y entre libros. Además, han ampliado sus actividades, y se han convertido en centro de irradiación cultural. Sin embargo, a pesar del estupendo servicio que ofrecen, a pesar de que el nivel de vida permite comprar libros, a pesar de que se regalan con periódicos y revistas, no conseguimos que la gente lea. El asunto me preocupa tanto que en estos momentos ando escribiendo un librito que se titulará: “¿Se puede recuperar la magia de la lectura?”. Para que así fuera –o, mejor, si así fuera- las bibliotecas deberían convertirse en lugares mágicos, contradictorios dominios de la realidad y la irrealidad. de la fantasía y el documento. Hay dos formas de percibir una estantería llena de libros. Una es torpe y superficial: sólo ve libros. Otra, en cambio, es más profunda y, como todo lo profundo, poética. Lo que ve es el contenido de los libros, la convivencia, maravillosa e incongruente, de las aventuras y la reflexión, del libertino don Juan y el piadoso Santo Tomás, de Neruda cantando a las pequeñas cosas, y de Nietzsche cantando al superhombre. Harry Potter y don Quijote: dos casos de encantamiento. ¿Y si los mezcláramos? ¿Y si Harry Potter fuera el mago que embrujó a don Quijote y le hizo salir a

pelearse con molinos que, previamente, el infantil mago había convertido en gigantes. En mi biblioteca, Machado canta su haiku: “Por el olivar/ se vió a la paloma/ volar y volar”. Y Basho, el poeta japonés del XVII, le responde: “El asunto del árbol, apréndelo del árbol”. Y un tercer poeta se encrespa: “Andaluces de Jaén, aceituneros altivos”. Hay una dichosa algarabía, un debate permanente, una juerga conceptual, una brillante cosecha de aforismos, una floración de conceptos, un río de metáforas, en mi biblioteca. Para los que no entienden, mi biblioteca es un remanso de paz. Pero yo conozco sus secretos, oigo la corriente de vida, la torrentera, veo los paisajes agrestes, oigo el viento que circula tras los confortables lomos de los libros. Y sobre todo, las voces. No, desde luego, las acordadas voces de un arcangélico coro bien entonado, sino el vigoroso vocerío de la vida, pasada, presente y, si me apuran, futura.”]

Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 1,

Abril 2005, pág. 13.

Fundación Alonso Quijano



[18.

LOS NUEVOS TEMPLOS, Gustavo Martín Garzo

“La poesía es la casa de la vida”. Esta frase de Mario Benedetti podría servirnos perfectamente para definir lo que es una biblioteca. Una casa en la que son posibles las cosas más insospechadas. Por ejemplo, escuchar a los muertos, ya que nos basta con abrir uno de sus libros para que las voces de los que ya no están se sigan escuchando en el mundo. Pues bien, eso es una biblioteca: una Casa Encantada en la que cualquier cosa puede suceder. Cada libro es una puerta, un pasadizo que nos comunica con lugares y mundos llenos de atractivos pero también de peligros. Y leer es como viajar por esos mundos: disfrutar de sus dones y enfrentarse a la incertidumbre de lo que desconocemos. El mundo de los libros no es diferente a ese País de las Maravillas que visitó Alicia y leer, como hizo ella, es irse detrás del Conejo Blanco. Un país lleno de locuras, peligros e incitaciones diversas, en el que no se sabe lo que realmente

nos puede suceder, porque los libros no han sido escritos para tranquilizarnos, sino para agrandar nuestra vida. ¿Y cómo lo consiguen? Enseñándonos a amar las preguntas. Todos los libros que existen han sido escritos para formular una y otra vez tres preguntas básicas. La pregunta por el propio ser, la pregunta por el ser del otro y la pregunta por el ser del mundo. Pensemos en tres personajes de cuento: la Cenicienta, Psique y Noé. La pregunta de la Cenicienta es la pregunta por la identidad. Vive entre las cenizas, pero sabe que hay otra escondida en ella, que debe esperar su momento para aparecer. A Psique, por su parte, lo que la preocupa es quién puede ser aquel con quien se encuentra cada noche. Se trata de Eros, el oscuro dios del deseo. Eros acepta reunirse con ella, pero le prohíbe descubrir su secreto. Y Psique vivirá sólo para desvelarlo. Su pregunta no se dirige hacia sí misma, sino hacia el ser del otro. ¿Quién eres?, es la pregunta del amor. ¿Y Noé? Noé no sufre ni los sofocos de la identidad ni los desvelos de los amantes. Dios le anuncia la destrucción del mundo, y él debe asegurar la continuidad de la vida. El Arca es el lugar natural donde se formula la tercera pregunta de los cuentos. Por qué Dios creó los ríos, los prados, el ámbar, los caballos, el vino o la nieve. La pregunta por el ser del mundo, y por la misión que nos toca cumplir en él. Esas son las tres preguntas que vuelven a escucharse cada vez que leemos un libro, las preguntas que alimentan la vida. Una

creencia judía afirma que en cada época en la tierra aparecen treinta y seis justos. Nadie les conoce, pues se confunden con los hombres comunes. Pero ellos llevan a cabo su misión en silencio, que no es otra que sostener el mundo con la fuerza de su misericordia y de su atención. No me cabe duda de que, en nuestro tiempo, de existir esos justos desconocidos habría que buscarlos entre los miles de lectores anónimos que visitan cada día las bibliotecas del mundo. Por eso las bibliotecas son los nuevos templos y visitarlas es mantener encendida la llama del conocimiento y de la vida.”]

Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 2,
Julio 2005, pág. 11.
Fundación Alonso Quijano

...

...

...

[19.

LA ANDADURA EXPRESIVA DE LOS LIBROS, Antonio Prieto

“Normalmente, todo libro importante tiene su historia, frecuentemente perdida en la anonimidad que pide el tiempo o bien acabada en hecho luctuoso como los graves incendios de la biblioteca de Alejandría o los más cercanos de la biblioteca de El Escorial. Una parte importante del camino humano viene trazado por circunstancias biográficas. Me permitiré por ello acudir a mi juventud para explicar un poco mi afición bibliófila a perseguir libros antiguos.

Balerna era un pueblecito almeriense que estaba constituido, básicamente, por una larga hilera de casas enfrentadas al mar, cuyos propietarios eran en su mayoría habitantes de Dalías y algo menos de Berja. Las casas, de una sola planta, poseían en su frente un amplio porche que todos los años se reparaba en algún punto porque, básicamente, la misión del porche era defender la integridad de la casa frente a las embestidas del mar. Sobre todo en los inviernos, el mar barría la playa con sus olas de poniente queriendo penetrar en las habitaciones. En una de éstas, mi abuelo Ubaldo

guardaba una pequeña biblioteca con libros de Galdós, Pereda, Alarcón, Menéndez Pelayo, etc., en general firmados y dedicados a mi abuelo por sus autores. Al parecer, un día del invierno alentó al viento de Poniente más allá de lo prudente, se deshizo del porche de nuestra casa y avanzó por sus habitaciones llevándose todo mar adentro. La biblioteca del abuelo, que debía heredar yo, había desaparecido. Desde entonces creció mi interés por la andadura de los libros, por el camino que llevaron ofreciéndose a ser vida en la mirada de los seres que los acogen.

Es lógico, pues, que me interesaran libros como el de Ollero, Bardón y Barrera, titulado Libros vendidos en las casas de subastas españolas (1995-2000) y, más precisamente la colaboración de F. Maldonado "Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo", incluido en el Homenaje a la memoria de Don Antonio Rodríguez Moñino, Madrid, 1975. O relaciones testamentarias como las expresadas por Rodríguez Marín en sus Nuevos datos para las biografías de escritores, Madrid, 1923, o el muy actual y documentado texto de Elisa Ruiz García Los libros de Isabel la Católica.

En este interés mío, hace años que pude ofrecer en las páginas de El embajador cómo el poeta y diplomático don Diego Hurtado de Mendoza adquirió en una botteghina veneciana un precioso ejemplar de *Le cose volgari di messer Francesco Petrarca*, editado en julio de 1501 por Aldo Manuzio, que entonces se firmaba Aldo Romano. Esta edición de la poesía petrarquesca, ordenada por

Pietro Bembo según el manuscrito "hauuto da M. Piero Bembo", presenta el atractivo de ofrecer las primicias de la famosa letra cursiva o itálica y ser uno de los primeros libros de bolsillo o faltriquera que circularon. Un ejemplar de esta edición de 1501 llevada por Navagero anduvo en la Granada de 1526 estimulando a la nueva poesía de Boscán y Garcilaso. El ejemplar que menciono se lo regaló Mendoza al cronista que andaba pergeñando su biografía y éste acabó donándoselo a un tal fray Patricio, hombre de buen humor y experiencias mundanas que se lo ofreció al caballero Palmaverde, adentrándose así en el siglo XVII camino ya de rutas europeas por donde terminó asentándose en las estanterías de mi biblioteca, en la que descansa junto a un ejemplar, algo menos raro, de las Rime de Petrarca, impreso en Venecia, 1564, con caracteres itálicos y pequeños grabados sobre madera. El ejemplar, perfectamente encuadernado y conservado tiene el exlibris de Dr. J. A. VAN PRAAG., lo poseyó Joseph Bevan Braithwaite y anduvo en manos del buen librero Luis Bardón quien me lo proporcionó.

También por un amigo y colega de Bardón, Guillermo Blázquez, pude conseguir un ejemplar bellamente encuadernado de la poesía de Petrarca, con "L'espositione" de Vellutello, en su edición de 1538, que fue texto muy recibido en nuestro siglo XVII. Mi ejemplar, a la vuelta de la portada, ofrece manuscrita la precisión: "Por comisión del Santo Oficio corregí este libro conforme al expurgatio nuevo de 1612 en Cuenca a 13 de octubre de 1613. Miguel Checa". Y luego añade: "y conforme al nuevo catálogo de

632 del de Valera señor cardenal Zapata. En Cuenca a 21 de junio de 632. Don Tomás Rodríguez de Monroy". La única corrección que hallo en el ejemplar es un trozo de papel que bien pegado al texto censura el famoso soneto "L'avara Babilonia a colmo il sacco", soneto que igualmente aparece censurado, con tachadura, en la edición de 1528, según el ejemplar que manejo y que perteneció a Armando Cotarelo Valledor.

A veces, los libros se encuentran indirectamente. Acudí a un particular para adquirir la rarísima edición de la que tuvo ejemplar el Marqués de Jerez, de las Obras de Garcilaso de la Vega anotadas por Francisco Sánchez, Salamanca, 1574, y que se ofrecía junto a la también rara de Luis Brizeño de Córdoba, Lisboa, 1626. Abandoné momentáneamente mi interés en Garcilaso al toparme con un ejemplar en pergamino nuevo en cuyo lomo se lee: Sedulio. Paschale cum commento Nebrissensi.1510. El ejemplar, rarísimo, estaba perfectamente conservado, con anotaciones manuscritas en sus márgenes muy debilitadas por el tiempo. Al final del poema épico que sintéticamente narra en sus dos mil hexámetros los milagros de Jesucristo, el colofón precisa: "Lugrunii, xvii calendas lanuari anno salutis cristiane M.d.x..." Con una posteridad que ignoro, en el blanco final de la página, se advertía en clara caligrafía: "La fecha está marcada según la candelación romana propia de los humanistas". Esta edición comentada por Nebrija, de la que sólo tengo noticia de otro ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, logré llevármela para casa. El Paschale mereció la

atención de humanistas como Juan Sobrarias o Arias Barbosa, y el ejemplar que ahora manejo debió caminar ambientes de gramáticos y predicadores que lo cuidaron físicamente. Uno de éstos fue un desconocido presbítero de Toledo, que dejó manuscrita su advertencia sobre la fecha de calendación romana, lo que, atendida, permite fijar el 16 de diciembre de 1509 para este Sedulio posiblemente editado por Arnao Guillén de Brocar, quien se adelantaría a la edición de Salamanca que algunos dan por anterior.

Muchos libros nos manifiestan a través de sus exlibris dónde moraron alguna vez y de dónde partieron por defunción de sus dueños, división notarial e incluso robo. Tal ocurre con los que con el exlibris "Soy de Armando Cotarelo Valledor", que no son, o eran, difíciles de encontrar. En ocasiones como en las *Illvstrivm Virorum Epistolae*, Venecia, 1520, la bella encuadernación en piel verde, con marcas en oro y el escudo de J. Gómez de la Cortina, nos manifiestan el buen hogar que tuvieron, incluso por la curiosidad hacia un antiguo exlibris que se ofrece en contraportada y el largo texto manuscrito en latín que nos ilustra sobre Angelo Poliziano y su polémica con Paolo Cortese acerca del concepto de imitación. Difícil asentamiento, dadas sus huellas, presentan libros procedentes de la Biblioteca del Marqués de Monistrol como el Horacio con la declaración del Doctor Villén de Biedma, Granada, 1599 o la primera traducción completa al castellano de la *Vlyxea* de Homero debida a Gonzalo Pérez, Anvers, 1556. En nota manuscrita se lee que este Gonzalo Pérez tuvo una extraordinaria biblioteca que

adquirió luego Felipe II y era padre de Antonio Pérez, el famoso secretario de Felipe II a quien Martín Laso de Oropesa dedicó su traducción en prosa castellana de la Farsalia de Lucano, Burgos, 1588.

Cerraré este breve recuerdo con un ejemplar adquirido en Italia y que estuvo en el salón de una dama veneciana a la que hubiera gustado tratar el bibliófilo don Diego Hurtado de Mendoza, cuya biblioteca también adquirió Felipe II. Es una curiosa edición de Il cortegiano del Conte Baldessar Cartiglione realizada sobre un ejemplar que poseyó Lodovico Dolce y fue anotando en los márgenes. Fue impreso por Guglielmo Rouillio, Lyone, 1562. El libro, encuadernado bellamente en una femenina piel azul y cantos dorados apunta a las manos que pasaron sus páginas, por las señales manuscritas que se suman a los impresos añadidos marginales de Dolce. Algo más firme se manifiesta la señal, cuando el texto del Cortegiano escribe (pág. 353) de "un'esercito d'innamorati" que combatieron en la guerra de Granada "in presenza delle donne da loro amate..."

Estos volúmenes mencionados, y otros muchos que sería oneroso continuar citando, manifiestan en sus encuadernaciones y notas manuscritas escritas en portadas o márgenes, cómo fueron libros atendidos material e intelectualmente. Habitaron en espacios nobles o en estancias modestas en las que siempre había espacio y cuidado para ellos. Quizás apene pensar que su camino hasta llegar a las librerías antiguas se debió a la pérdida física de las personas que los

repcionaron y que tan vinculados a los libros estuvieron. En todo caso son libros que en las anotaciones manuscritas de sus dueños exteriorizan, a veces, un cierto deseo de permanecer en ellos cuando los visite la muerte, encomendándoles así a sus páginas que porten su recuerdo en el viaje hacia otros hogares y mundos. Comencé a pensar en este valor de la andadura de los libros, que quieren exteriorizar con quienes compartieron el amor de la vida, cuando un día ya sin fecha perdí aquellos libros de mi abuelo por la furia del mar en un invierno de Balerna.”]

Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 2, Julio 2005, pág. 14.

Fundación Alonso Quijano

■ ■ ■

■ ■ ■

■ ■ ■

[20.

UN ENJAMBRE DE PALABRAS,

Juan Manuel de Prada

“Hace diez, veinte, treinta años, cuando estrenábamos la juventud y la pasión lectora, nuestros libros apenas ocupaban un anaquel, alineados en un riguroso orden alfabético que abarcaba unos pocos títulos fundacionales. Creíamos, ilusamente, que en ese puñado de libros que habíamos llegado a aprender de memoria, se compendia el mundo. Luego, con el decurso del tiempo, ese anaquel originario se prolongó en otro, y, éste en otro, y en otro, y en otro, en una multiplicación invasora que fue colonizando las paredes de la casa, o de las sucesivas casas que hemos habitado, porque las bibliotecas, en su afán colonizador, nos obligan a mudarnos en busca de un espacio más ancho que les permita crecer como enredaderas habitadas por el susurro de las palabras. Nuestras bibliotecas se sublevan contra el orden impuesto, instaurando el caos como única referencia bibliográfica: casi sin darnos cuenta, trepan escalonadamente por las estanterías con una doble o triple fila que entorpece su consulta, echan raíces en el suelo, alcanzan el techo en un

precario equilibrio que gravita sobre nuestras cabezas y, ya por fin, se almacenan en pilas sobre las sillas, sobre el escritorio, como obeliscos de papel derrumbado. De repente, los libros se han convertido en un organismo vivo que nos estrecha en su cárcel, que nos arrebatata el aire mientras dormimos, que procrea con sigilo y amenaza con hundir el piso y embestir las paredes, quizá incluso con horadar el techo, en busca de una brecha de luz que le permita seguir creciendo, creciendo siempre, hasta sepultarnos entre cordilleras de letra impresa.

Y mientras nos aventuramos por la frondosidad de nuestras bibliotecas, hostigados por su crecimiento incontrolado, recordamos el vano afán de aquel emperador nipón que ordenó a sus consejeros áulicos que fundaran una biblioteca portátil, con libros a modo de cofres de bolsillo, que contuviesen una antología de los versos más hermosos dedicados a los paisajes del mundo y también a los paisajes interiores del alma. Los consejeros del emperador acometieron esa empresa de esencialidad, pero pronto descubrieron que los pájaros, los insectos, las estaciones, los sentimientos, exigían su respectiva antología. La especialización se fue haciendo poco a poco cada vez más rigurosa, la clasificación más metódica, con divisiones, subdivisiones y jerarquías para cada familia vegetal, para cada orden zoológico, para cada color del alma. Aunque la síntesis epigramática impulsaba su tarea, no pudieron los consejeros del emperador reprimir el impulso de dedicar una antología al escarabajo, otra al abanico, otra más a la rosa, y al reflejo del sol en un estanque, y al

nenúfar de ese estanque (de cada estanque), y así hasta el vértigo de lo multiforme, hasta lo infinito.

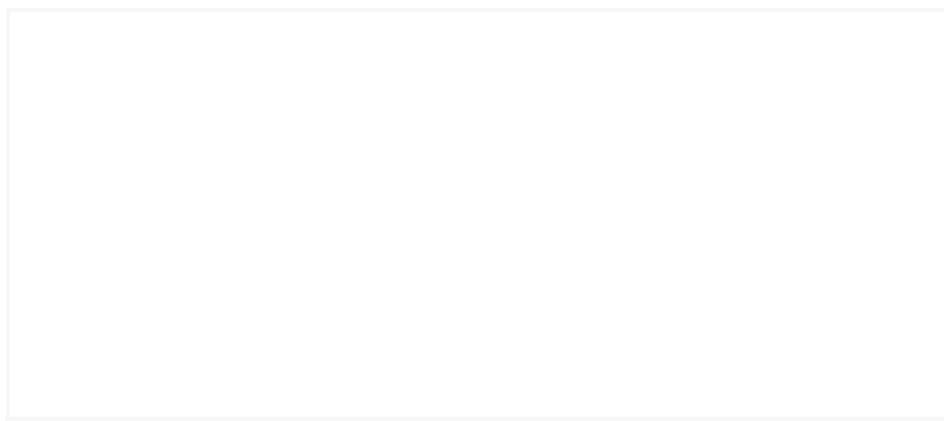
El emperador nipón aprendió que tratar de contener las palabras en una biblioteca esencial era una tarea tan estéril como tratar de abarcar el agua del cóncavo mar en un hoyo excavado en la arena. Y es que la misión de las bibliotecas no es otra sino aparearse, hasta envolvernos con su enjambre de palabras, ancho y abigarrado como el mundo.”]

*Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 3,
Octubre 2005, pág. 11.
Fundación Alonso Quijano*

...

...

...



[21.

SÁQUENME DE AQUÍ, Andreu Martín

“Éste es un chico que caminaba sobrecogido por un mundo hostil. Dentro de su cabeza, llevaba puesto un grito: «¡Sáquenme de aquí!». En casa, sus padres se empeñan en que sea distinto de cómo es, quieren obligarlo a ser como ellos han dispuesto. Pero él piensa que, mientras sea como ellos dictan, nunca sabrá cómo es realmente, de manera que, para encontrar su propio camino, debe apartarse del camino que le marcan. Sin embargo, cuando lo hace, se encuentra perdido y asustado, convencido de que ya nunca podrá salir de ese atolladero, sin padres a quienes pedir ayuda. Grita «¡Sáquenme de aquí!» y nadie le oye. Quizá en algún momento buscó ayuda y consuelo en sus amigos. Pero sus amigos parecen tener aficiones e intereses distintos a los suyos. Siempre quieren hacer lo que a él no le apetece, hablan de cosas que él no entiende, o se ríen de chistes a los que él no ve

maldita la gracia.
«¡Sáquenme de aquí!» Y en la escuela tampoco está la solución. La escuela es un palacio del absurdo para él. Por eso ahora, de pronto, se siente a gusto en este nuevo recinto donde todas las paredes parecen iguales y nadie trata de decirle nada. Son tranquilizadores el silencio y el sosiego, la falta de estímulos impuestos de forma agresiva. En su mente ha dejado de sonar el grito. Poco a poco, se percata de que eso que hay enfrente son libros. Libros ordenados en estanterías, dispuestos a ser leídos. No son una obligación sino una opción. Quietos. Pacientes. Disponen de todo el tiempo del mundo. Claro que no es fácil. Ante todo, hay que dar unos pasos, aproximarse a ellos y torcer la cabeza para poder leer los títulos de los lomos. No es tan fácil como el cine o la tele, por ejemplo. En el cine o en casa, frente a la tele, sólo tienes que repantigarte en un asiento y permitir que lleguen las imágenes. Puedes permanecer atento a ellas y reflexionar sobre el mensaje que te transmiten, disfrutar de cada detalle y hablar más tarde, al salir del cine, sobre lo que has aprendido. Pero también puedes permanecer pasivo, pensando en tus cosas mientras la pantalla se llena de colorines. El libro exige un esfuerzo mayor, es verdad. Incluso hay que doblar la cabeza ahora hacia un lado ahora hacia otro porque los títulos no siempre están dispuestos en la misma dirección. Lo cierto es que en la cabeza del chico ya no suena el «¡Sáquenme de aquí!».

Al fin, se animará a tomar un libro y abrirlo. Y hasta leerlo. Ahí, el chico en cuestión descubrirá un mundo amigo porque es mundo propio y privado. Las palabras son objetivas, iguales para todo el mundo, pero las sensaciones y sentimientos que despiertan en él sólo son suyos, personales e intransferibles. En la relación con el libro no existe ese pasotismo descerebrado que te puedes permitir ante una película. En estas estanterías, el chico hallará el mundo que andaba buscando. Su propio camino, su personalidad, la forma de su futuro, los temas de conversación para departir y compartir con los demás, esos campos de interés que un día llenarán su futuro. Está en una biblioteca. Y ya no grita «¡Sáquenme de aquí!». ”]

Andreu Martín es Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 1989.

El presente año 2005 ha recibido el Premio Lector y el Premio Edebé de Literatura Juvenil.

*Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 3,
Octubre 2005, pág. 13.*

Fundación Alonso Quijano



[22.

EL SUBRAYADO ES TUYO, Juan Manuel de Prada

“¿Quién se ha resistido a subrayar con lapicero ese libro de edición humilde, baqueteado por mil mudanzas, que en algún momento de nuestra vida fue nuestro vademécum espiritual? ¿Quién ha logrado sustraerse a la tentación un tanto petulante de creer que un libro cualquiera ha sido escrito ex profeso para nosotros, para alivio de nuestras zozobras, para consuelo de nuestras más secretas desolaciones? Hemos acudido muchas veces a los libros como quien consulta un oráculo, seguros de que entre su bosque de palabras encontraremos la combinación exacta que nos interpela, esa frase o verso o versículo que condensa nuestro estado de ánimo y nos propone soluciones clarividentes que un segundo antes ignorábamos, aunque anidasen en algún recoveco poco auscultado de nuestra conciencia. Entonces tomamos un lapicero y subrayamos esa frase

capturada al albur, seguros de que en ella se perfila la fisonomía de nuestro porvenir, o escribimos con letra deslavazada y premiosa un escolio que en cierto modo adquiere la naturaleza de un diario apenas esbozado.

Luego, cuando pasan los años y nos hemos convertido en otra persona distinta, cuando aquel muchacho atribulado que fuimos yace sepultado entre hojarascas de olvido, volvemos a ese libro que en otra época alumbró nuestras inquisiciones, como quien se adentra en un sendero de pasos borrados. En las páginas ya amarillentas del volumen descubrimos anotaciones nerviosas, apostillas ilegibles que, una vez descifradas, se nos antojan banales, porque ya no se conjugan con el estado de nuestro ánimo. Recorrer ese libro que en otra época fue nuestro cicerone interior nos despierta una sensación ambigua de extrañeza, casi de extranjería, hasta que, de repente, como un rayo de medrosa luz que logra colarse entre la fronda, una palabra subrayada nos retrotrae a nuestro pasado, nos enfrenta en el espejo de la memoria al joven borroso que en otra época nos habitó, y es como si se abriese —con ruido de goznes herrumbrosos— una escotilla que conduce a las galerías subterráneas donde anida una existencia que ya creíamos fallecida. Gracias a esos subrayados humildes volvemos a saborear, como recién estrenados, sentimientos fósiles que algún día lejano nos poseyeron; y es como si hubiésemos ingerido un bebedizo o elixir que nos permite vivir otra vez —sin nostalgia, con una impresión de vívida nitidez— pasajes de nuestra vida que parecían clausurados para siempre.

Esta sensación de muy sabroso desconcierto que experimentamos cuando un libro nos susurra entre líneas los contornos huidizos de la persona que fuimos adquiere una calidad distinta, más fantasiosa pero no menos placentera, cuando el libro subrayado o anotado perteneció a otra persona de la que ya nada sabemos. En los volúmenes que tomamos prestados en las bibliotecas o repescamos de los cajones de saldos de alguna librería anticuaria nos topamos con frecuencia, junto a flores prensadas que delatan algún amor arqueológico o billetes de tranvía que rememoran alguna cita clandestina, con escolios y subrayados que nos hablan de antiguos poseedores de los que nada sabemos, pero que a través de ese vínculo desvaído nos hacen confidentes de su soledad. Y entonces, llevados por una vocación de novelistas reprimidos, jugamos a reconstruir imaginariamente la biografía de ese lector remoto y desconocido, jugamos a figurarnos sus vicisitudes, el azogue de júbilos y tristezas que entretuvo sus noches, y en este ejercicio de introspección ajena podemos pasarnos horas enteras, como un diablo cojuelo que alza los tejados del vecindario y escruta intimidades que no le incumben. ”]

JUAN MANUEL DE PRADA

Mi biblioteca: La revista del mundo bibliotecario, ISSN 1699-3411, N.º 4,

Invierno 2006, pág. 13.

Fundación Alonso Quijano



